



Proyectos a escala humana: Museo del Templo Mayor y Museo de Sitio de Teotihuacan

Eduardo Matos Moctezuma*

MUSEO DEL TEMPLO MAYOR

Este museo surgió al derivarse de un proyecto de investigación cuyo objetivo consistía en excavar el principal edificio de los mexicas. El interés de la investigación se aceleró por el hallazgo fortuito de la monumental escultura de la diosa Coyolxauhqui, encontrada por obreros de la Compañía de Luz y Fuerza del Centro el 21 de febrero de 1978, en la esquina de las calles de Guatemala y Argentina, en pleno corazón de la ciudad de México. Dentro de los alcances del Proyecto Templo Mayor contemplé que, una vez obtenida la información necesaria, se establecería un museo de sitio en el lugar a fin de dar a conocer al público en general los hallazgos recuperados y su significado (Matos, 1979). Para ello se escogió el predio localizado en la parte posterior de los vestigios arquitectónicos del Templo Mayor, lugar donde se efectuó previamente un rescate arqueológico. De esta manera, tanto la zona arqueológica como el museo formarían una unidad relacionada con el principal edificio mexica y el pueblo que lo construyó.

Con tales antecedentes se planificó la construcción del recinto, con base en el guión que preparé al tomar como punto de partida los datos proporcionados por la excavación arqueológica. Fue como el museo se orientó hacia el poniente, tal como lo estuvo el edificio prehispánico, y como contó con dos alas, cada una con cuatro salas, para atender a la división del antiguo monumento: una mitad dedicada a Huitzilopochtli, dios solar y de la guerra, y la otra a Tláloc, dios del agua y la fertilidad. De esta manera se respetó tanto la orientación como el culto que se rindió a estas deidades. El diseño del museo, a cargo de los arquitectos Pedro Ramírez Vázquez y Javier Ramírez Campuzano, tomó en cuenta estos principios y colocó en el vestíbulo y en medio de ambas alas una enorme maqueta con la representación del recinto sagrado de Tenochtitlan. La maqueta se inspiró en la elaborada por el arquitecto Ignacio Marquina en la década de 1950, si bien se agregaron edificios y datos rescatados por nuestra excavación. La museografía estuvo a cargo de Miguel Ángel Fernández, quien supo resaltar de manera notable aquellas piezas que así lo ameritaban.

Vista general de las excavaciones del Templo Mayor **Fotografía** © Fondo fotográfico del Archivo Histórico del MNA.
Proyecto de digitalización de las colecciones del MNA



Descubrimiento de la Coyolxauhqui **Fotografía** © Fototeca de la Coordinación Nacional de Conservación del Patrimonio Cultural-INAH

Un criterio temático se siguió en la distribución de las salas. La Sala 1 (entrando, a la derecha) muestra una historia resumida de los principales hallazgos encontrados desde 1790, como la Coatlicue, la Piedra del Sol y la de Tizoc, hasta llegar al descubrimiento de Coyolxauhqui, en 1978. A continuación se brindan al visitante los tres tipos de ofrendas localizados: aquéllas depositadas en cistas, las colocadas en el relleno del edificio y las que se metían en cajas de piedra. Una maqueta muestra las diferentes etapas constructivas del Templo Mayor, para culminar con piezas provenientes del Programa de Arqueología Urbana (PAU). La Sala 2 se dedica a las piezas más antiguas encontradas y a mostrar algunas ofrendas. Entre ellas destacan dos urnas funerarias de barro anaranjado que contenían restos óseos quemados, los cuales se estudiaron posteriormente y parecen apuntar a que se trata de guerreros de alta jerarquía incinerados y colocados en su interior.

Desde aquí se sube hacia la Sala 3, destinada, conforme al guión, a la expansión mexicana, y donde se aprecian las diferentes regiones conquistadas militarmente y a las que se les

imponía un tributo. La región oaxaqueña, el actual estado de Guerrero y el de Puebla, así como ambas costas, se encuentran presentes por medio de objetos traídos desde esas latitudes o imitados por los mexicanos y elaborados en Tenochtitlan. Destacan piezas como las dos máscaras que recuerdan las de Teotihuacan y una pequeña máscara olmeca de alrededor del año 800 a.C., elaborada en piedra verde. La Sala 4 ocupa el piso más alto del museo y en ella se aprecian piezas de enorme importancia. Tal es el caso de la figura en barro de tamaño natural de un guerrero águila y la de Mictlantecuhtli, las dos localizadas en el recinto de Las Águilas, al norte del Templo Mayor. Otras esculturas en piedra se encuentran presentes, como la deidad en piedra verde hallada en una cámara a mitad de la escalera que asciende hacia el adoratorio de Huitzilopochtli en la etapa IVb (ca. 1470 d.C.). Otro tanto ocurre con la escultura de Huehuetéotl, de estilo mexicana, pero inspirada en los dioses viejos encontrados en Teotihuacan.

En este punto se hace la conexión con la otra ala dedicada a Tláloc. Entre ambos lados se aprecia la figura de Coyolxauhqui vista desde arriba. Comenté con el arquitecto Ramírez Vázquez que la pieza se apreciaba en toda su magnitud desde la parte alta del Templo Mayor, ya que estaba colocada abajo, sobre la plataforma en que se asentaba el edificio. De esta manera se puede ver la figura desmembrada de la deidad en toda su grandiosidad.

Estamos ahora en el lado de Tláloc. La Sala 5 nos recibe con la olla pintada de azul del dios de la lluvia, pieza única en su género, junto con otra de similar factura. Diversas representaciones del dios se aprecian en diferentes estilos: Mezcala, zapoteco, mexicana... Una pieza que sin lugar a dudas destaca desde el punto de vista estético es el caracol de piedra, por lo que sugerí un espacio especial para ella. Así, la museografía logró resaltar su movimiento insondable y las características que le son propias.

De esta sala comienza el descenso a la parte baja del museo y es así como llegamos a la 6, destinada a la flora y fauna encontradas en el Templo Mayor. Sala única en su género, biología y arqueología se combinaron para mostrarnos la importancia de estos materiales y su simbolismo. En fechas recientes ésta se adecuó para incorporar nuevos hallazgos, por lo que ahora apreciamos también restos de telas, papel y desde luego nuevos especímenes de flora y fauna. Llegamos a la Sala 7, donde observamos los materiales que proporcionaban el lago y sus alrededores. Diversas imágenes de deidades relacionadas con la agricultura están presentes. Entre ellas vemos la olla policromada con la representación de Chicomecóatl, diosa de la agricultura, en cuyo interior había cientos de pequeñas piedras verdes. Se aprecia el ciclo agrícola y se culmina con la de una parte del mercado de Tlatelolco, lugar donde se vendía y distribuía una gran diversidad de productos.



Sala principal del Museo del Templo Mayor **Fotografía** © Gliserio Castañeda, INAH-Conaculta, Fototeca de la CNME

Por último llegamos a la Sala 8, dedicada a mostrar el momento de la conquista y la influencia colonial en la ciudad recién sometida. Desde entonces cerámicas mayólicas, vidriadas y azulejos predominarían en la producción alfarera. La nao de China traería desde Manila sedas y otros pro-



Coyolxauhqui **Fotografía** © Gliserio Castañeda, INAH-Conaculta, Fototeca de la CNME

ductos como cerámica china, la misma que se ha encontrado en los niveles coloniales de la excavación. Algunos heraldos o escudos de familias pudientes fueron localizados, por lo que también se muestran allí. La caja que sirvió como primera piedra del templo de Las Ánimas del Purgatorio, detrás de la Catedral, también se exhibe. Para finalizar se aprecian objetos modernos (soldaditos de plomo, herraduras y piezas de vidrio, entre otras), como ejemplo del México actual. Culmina el recorrido con otra escultura rota en varios fragmentos de Coyolxauhqui, símbolo de la destrucción a que fueron sujetos los edificios y esculturas, considerados por los conquistadores como obra del demonio...

Algo que hay que destacar es la manera en que don Pedro concibió la vialidad del museo. El recorrido no se interrumpe en ningún momento, ya que se da continuidad al mismo de manera ascendente-descendente y el visitante se hace una buena idea del mundo mexica desde sus inicios hasta la destrucción por parte de los conquistadores.

Por otra parte, quiero comentar que en alguna ocasión en que la revista *Correo de la UNESCO* me pidió un artículo sobre el Museo del Templo Mayor, lo titulé con el encabezado "Un museo a escala humana". ¿A qué me refería con esto? A que los grandes museos del mundo, ya sea el Hermitage, el Louvre, el Británico, el Metropolitano de Nueva York e incluso el Nacio-

nal de Antropología, son recintos enormes con una gran cantidad de salas, de donde uno sale con la sensación de no haberlos apreciado en su totalidad. El Museo del Templo Mayor encierra los vestigios de una cultura específica y, por su tamaño y diseño, permite recorrerlo de principio a fin (incluida la zona arqueológica), para contar aún con tiempo para visitar el centro histórico, con su presencia colonial.

Este museo fue inaugurado por el presidente de la República el 12 de octubre de 1987. Cabe agregar que, gracias a la riqueza de los vestigios prehispánicos y coloniales, la UNESCO declaró al centro de la ciudad de México como patrimonio de la humanidad en 1992.

MUSEO DE SITIO DE TEOTIHUACAN

En 1995 se inauguró el Museo de sitio de Teotihuacan, ubicado al sur de la pirámide del Sol. Una vez más, y como producto de las excavaciones a mi cargo emprendidas entre 1992 y 1994, en el marco de los “proyectos especiales” llevados a cabo por el INAH, se construyó este nuevo recinto en el sitio donde en 1910 se erigió un museo por parte de don Leopoldo Batres. Éste se demolió en 1964, lo cual constituyó una de las razones por las que escogí el lugar, pues ya había sido alterado por los cimientos del antiguo museo. Pese a esto, ordené que se hicieran excavaciones de rescate por si algún dato hubiese faltado de ser obtenido.

Se repetía así la conjunción de un arquitecto y un arqueólogo para la realización del Museo de la Cultura Teotihuacana. Las palabras de Rafael Tovar y de Teresa (1995: 16-18), por entonces presidente del Conaculta, señalan que en este proyecto “se han conjuntado la valiosa experiencia de especialistas como el arqueólogo Eduardo Matos Moctezuma, quien tuvo bajo su responsabilidad el guión museográfico, contando con el diseño del arquitecto Pedro Ramírez Vázquez”. En efecto, en diversas ocasiones nos reunimos en



Vista de la maqueta de la zona con la pirámide del Sol al fondo

Teotihuacan el arquitecto y yo para hablar acerca de las características del futuro espacio. Sugerí a don Pedro que me gustaría un patrón similar al del Museo del Templo Mayor, es decir, que una maqueta dividiera las dos alas de que constaría el recinto: una donde se mostrara el desarrollo de la ciudad, la división social y la producción cerámica, lítica, textil y el trabajo en concha y hueso, y la otra con aspectos religiosos, artísticos y su relación con otros centros contemporáneos.

El arquitecto, con la sensibilidad creativa que le era propia, me contestó:

—No se preocupe, profesor. Estarán las dos alas que usted pide y habrá una maqueta monumental sobre la que los visitantes podrán caminar. No sólo eso:



Fotografía © Gliserio Castañeda, INAH-Conaculta, Fototeca de la CNME

pienso poner la pirámide del Sol como pieza principal del museo. En un principio no le entendí ¿Cómo haría introducir la impresionante mole de la pirámide? Veamos como lo concibió y llevó a cabo el arquitecto Ramírez Vázquez (1995: 20-22):

Por ello, en su sala principal se ubica una gran maqueta que da idea clara de la magnitud de la ciudad original, maqueta que se visita sobre una pasarela de cristal [...] Esta sala se abre con un gran ventanal de 12 por 8 metros, que ve directamente a la pirámide del Sol, de manera que ésta abarca el horizonte, mostrando de manera fehaciente su

gran dimensión e importancia. Esta solución museográfica permite incorporar la pirámide del Sol en una vitrina, como la pieza arqueológica de mayor importancia del museo.

Y así lo hizo. Otro aspecto que me preocupaba era que, por su cercanía con la calle de Los Muertos y la pirámide misma, este moderno conjunto rompiera con el paisaje de la antigua ciudad. Otra vez don Pedro encontró la solución adecuada: “Al estar enclavado dentro de la zona arqueológica, se tuvo la intención de mimetizar la nueva construcción para que su impacto visual fuera mínimo y no destacara como obra arquitectónica contemporánea. El volumen construido debe dar la impresión de un montículo más sin explorar y expresar así el respeto total a los vestigios arquitectónicos originales”.

Para lograr lo anterior, mandó colocar vegetación en el techo del inmueble y sus alrededores, con lo que se consiguió que aun desde lo alto de la pirámide del Sol el museo pasara inadvertido. Fue una experiencia singular colaborar en la creación de estos dos museos con quien considero uno de los arquitectos más destacados del siglo xx: Pedro Ramírez Vázquez. Su poder creador se encuentra a la vista y su ejemplo perdura a través de sus obras ✨

* Profesor-investigador emérito, INAH

Bibliografía

- Matos Moctezuma, Eduardo, “El Proyecto Templo Mayor, objetivos y programa”, en *Trabajos arqueológicos en el centro de la ciudad de México*, México, INAH, 1979.
- Ramírez Vázquez, Pedro, “Museo de Sitio de Teotihuacan”, en Eduardo Matos Moctezuma, *Museo de la Cultura Teotihuacana*, México, Instituto Cultural Domecq, 1995, pp. 20-22.
- Tovar y de Teresa, Rafael, “Teotihuacan”, en Eduardo Matos Moctezuma, *Museo de la Cultura Teotihuacana*, México, Instituto Cultural Domecq, 1995, pp. 16-18.